

Jaime Moreno García

LA MATANZA INFINITA

icono •

ICONO •

© 2020, Jaime Moreno García

© 2020, Icono Editorial SAS

Carrera 28A # 73-29

Teléfono: (57-1) 457 4089

Bogotá, D.C., Colombia

www.iconoeditorial.com

Dirección

Gustavo Mauricio García Arenas

gmgarciaarenas@gmail.com

Corrección

Ludwing Cepeda Aparicio

Diagramación

Nohora Morales Alonso

Diseño de cubierta

GMGA

Imagen de cubierta

Sobrevivientes, de Käthe Kollwitz

ISBN 978-958-5472-43-3

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta publicación, mediante cualquier sistema,
sin previa autorización escrita de la editorial.

La venganza del caballo

*Nervioso quedó el equino
viendo llegar al enano,
con una fusta en la mano
y con cara de asesino.*

*Cuando se montó el bellaco,
el caballo ya verraco
lo derribó de la silla,
rompiéndole una costilla,
le perdió miedo al paraco.*

VERSO ANÓNIMO
ENVIADO AL CHAT DEL AUTOR

Contenido

El Aserradero, 5 a. m.	11
Golpe de Estado, 2 p. m.	23
Luciano Astorquiza	36
Abigaíl Abisambra	44
Valentín Parrafino	55
Salustiano Arroyave	63
Calostro y los Arroyave	74
Adelaida	80
La osadía de Alfredo Sierra	86
Pedro Pinto	95
Llamado al orden	98
El horno crematorio	108
El funeral colectivo	125
El <i>Miami Herald</i>	130
Mirla Valenciano	138
El inspector de alimentos escolares	148
Soy Alfredo Sierra	155
El Enano	163

Llega la universidad	177
Expedito Saldívar	186
Elecciones populares	194
Consultorio Jurídico	200
La Gran Asamblea Popular	210
Los males no llegan solos	216
Legalizar el golpe	228
Dionisia y Eloísa	236
El día de los sufragios	244
Extrañas elecciones	251
Enano enjaulado	258
Estaban esperándolos	262
Traslape de la Presidencia	269

EL ASERRADERO, 5 A. M.

NO PODÍAN CONTENER LA FURIA y los deseos de venganza. Sus huraños rostros mantenían una mirada desconfiada que los mostraba pendencieros. Sospechaban hasta de sus sombras. No era para menos. La muerte les cayó a medianoche, cuando dormían. Si pudieran destruir el mundo con sus propias manos, lo harían ahora. Sabían que el crimen por sus reclamos laborales, por su sacrificado trabajo de madereros, por sus pensamientos políticos, podía ocurrir de la noche a la mañana. La sospecha de una masacre aparecía en cualquier esquina.

—No vale la pena vivir así —balbuceó Eliécer Sanjuán, con voz inaudible, derrotada, observando los estertores de su padre; tampoco pudo auxiliarlo porque los asesinos lo habían herido en el hombro con un filoso machete, cercenándole el brazo derecho, que reposaba anémico al lado de su cuerpo.

Ansiosos, invadidos por la angustia y la rabia al no poderse defender, los que sobrevivieron a la matanza colectiva esperaban la luz de la madrugada. Faltaban veinte minutos para las seis de la mañana. El día comenzaba a despertarse.

—Busquemos a los asesinos —invitó Dorila, una de las sobrevivientes.

—¿Nosotros? ¿En medio de las tinieblas? ¿Y con qué los enfrentamos? —preguntó, asombrado, otro de los presentes.

—Que alguien vaya a la policía —dijo Joselo, aún en calzoncillos, con las manos teñidas de sangre tratando de enderezar el cuerpo de su hermano Benjamín, que aún mostraba signos vitales.

—¿Para qué? ¿Para que vengan a completar la tarea? —empalmó Dorila, con ira contenida, cuyo marido ya era hombre difunto.

No tuvieron tiempo de empuñar un machete o un hacha, sus herramientas de labor, para enfrentar el inmisericorde ataque. Pasaron la noche más tenebrosa de su vida. Tampoco presentían que la oscuridad y el silencio profundo de la estancia se quebraran, intempestivamente, con el eco retumbante de botas militares y el chirrido que producían los inestables pedruscos del camino, al recibir los pasos y las aparatosas carreritas de los intrusos, sobre el sendero que unía las viviendas de los obreros. Quienes produjeron esos inesperados ruidos parecían como si estuvieran realizando un trabajo de urgencia, con el tiempo justo. Las ventanas de las casas fueron heridas con chorros de luz de potentes linternas. A la luna no se le ocurrió enviarles un halo de luz cuando esas gentes desamparadas más lo necesitaban para ver un camino por donde huir o para guarecerse entre las sombras. Los asesinos estaban obnubilados con el alcohol y la droga. Presenciaban un juego macabro con la muerte. Pateaban los cadáveres, los hurgabán con cuchillos y unas largas y puntiagudas espadas, o los remataban en el piso. Estaban enajenados. Odiaban, sin motivo, a los muertos. Creían ser los amos y señores de la vida. La funesta noche empezó con gritos desgarradores de auxilio, plomazos, ronroneo de motosierras y chasquidos de machetes y puñales. Algún traidor de la causa laboral debió enseñarles el sitio donde se guardaban los utensilios

de trabajo que se convertirían en sus propias armas homicidas. Como si lo hubiera concertado con los agresores, la nubosidad nocturna había impedido cualquier defensa. El estridente lloriqueo de los niños comprobaba la ejecución de una sanguinaria matazón que ellos presagiaban desde hacía algún tiempo, pero que jamás creyeron que ocurriría. La insinuó el cura en las llamadas homilías semanales, en un sospechoso y sindicador sermón contra el pensamiento izquierdista y democrático. Los que predicán la igualdad de los mortales, jurando que la tierra es para quien la trabaja, caminan en la cuerda floja de la envidia y de la lucha de clases, pontificaba, prepotente. Hagamos un ejercicio: mírense ustedes a las caras, queridos feligreses. Alguien de los presentes, ¿se parece a su vecino, se parecen a mí, se parece a Jesucristo, al alcalde de Currucutí? Si físicamente somos distintos, también lo somos en lo que poseemos dentro del cráneo, dentro de los sesos. Por ello hay seres que hacen mucho dinero, porque su mentalidad es diferente, porque su idiosincrasia es la del trabajo y el progreso; otros tienen una forma de pensar que los conduce al vicio, a la degeneración, y por ello su destino está cifrado en la pobreza y en la desidia. Aseguraba que hasta en el cielo existían las jerarquías, que no podía haber igualdad, y a pie juntillas afirmaba que había ángeles jefes y ángeles obreros. Y si él lo afirmaba era porque sus profundos estudios de teología se lo habían comprobado. Y si en la gloria eterna sucedía esa desigualdad, reafirmada por las Sagradas Escrituras, con más veras en la tierra, donde la codicia, la rivalidad y la competencia desigual de quien posee más bienes terrenales son el pan diario. Mejor dicho, ustedes van descalzos por el filo de la navaja, concluía en sus advertencias.

Esos mensajes cifrados no fueron atendidos por los líderes, a pesar de recibir la información de terceros. Ellos no visitaban la iglesia, pero los feligreses los tenían al tanto de las amenazas del párroco. Lo que pensaban las rezanderas, una premonición por las frases entreveradas del sacerdote en sus diatribas semanales, resultó ser una cruel verdad. El sacerdote era correligionario del alcalde y de otras personas de procedencia sospechosa que lo visitaban. Entre ellas, Adelaida, la secretaria de la Alcaldía, venida de afuera.

Cuando los asesinos se marcharon, los pocos sobrevivientes fueron saliendo uno a uno de sus escondites. Caminaban con temor entre charcos sanguinolentos. El dantesco cuadro de muerte era para perder el sentido. Los grupos de hombres y mujeres, que se movían como sonámbulos, no podían creerlo. Ayer todos activos en su trabajo y hoy postrados en tierra, sin señales de vida.

—Traslademos nuestros cadáveres hasta la Alcaldía y los dejamos allí para que los autores intelectuales sepan que sus manos están untadas de sangre inocente —exclamó uno de los obreros.

Después de observar los cuerpos exánimes de sus deudos y comprobar su muerte, empezaron a alistarlos en las parihuelas improvisadas para descender desde ese frío picacho hasta Currucutí, con la furia encapsulada entre los dientes. Una nube deformada se aposentó en la cima. Avanzaba la mañana con un viento fuerte que desarmaba la neblina, y los rayos del sol iluminaban el bruñido follaje de color verde oscuro. El cerro del Aserradero, con su paisaje lejano, semejava una pintura surrealista.

La procesión de labriegos bajaba de la montaña, tiritando, con las cabezas gachas y los ojos cargados de

lágrimas. Descendían enfundados en sus ruanas o envueltos en sus ponchos para guarecerse del fresco de la mañana cubiertas las cabezas con sombreros. Algunos alzaban banderas blancas con lacitos azul bruma en la punta de las astas, aunque nunca hubieran estado involucrados en ninguna guerra. Eran las mismas banderas que usaban los trece de mayo, día de la Virgen.

Se atisbaba el esfuerzo que hacían en el escabroso y resbaladizo descenso con su carga inerte. Durante hora y media recorrieron, entre murmullos y gemidos, un camino pedregoso. Escuchaban el sonido de sus botas entre los guijarros y los quejidos de las mujeres. Cargaban los cadáveres de quince labriegos, entre mujeres, hombres y niños masacrados al comenzar la medianoche. «¿Por qué tenían que matar a mi muchachito de tan solo diez años, sin motivo?», eran las amargas palabras de una madre por su hijo, y se desgonzaba sobre el pequeño cuerpo cercenado. «Yo les insistí en que me mataran a mí. Y los malnacidos ahí mismo, como si les hubiera dado la orden, le volaron su cabecita con el grito de ¡mamá! en su boquita», continuaba la mujer, con ojos desorbitados, como queriendo suicidarse entre los peñascos. Un hombre la auxiliaba para que en el descenso no sufriera una caída. Los inertes cuerpos se bamboleaban sobre las parihuelas improvisadas. «Este crimen lo cometieron el alcalde y el Enano», mascullaban algunos por lo bajo para evitar que alguno de los presentes oyera su sentencia, porque en la procesión mortuoria podía haber informadores infiltrados.

El país estaba en tiempos electorales y el peligro era latente. La prensa, a diario, registraba la imagen del victimario mayor, cuya ojeriza reconcentrada contra las organizaciones sindicales o comunales era bien conocida.

Durante sus gobiernos quiso extinguirlas. Por ello la gente, con ira inmensa, evitaba su nombre y solo se le mencionaba como el Enano. Y, sorpresivamente, aunque él no había manifestado su intención de repetir presidencia, aparecía en la prensa como el favorito.

El acuerdo de paz con la guerrilla más vieja del mundo avanzaba sin contratiempos. Los países estaban convencidos de que la paz en Colombia sería una realidad. Por eso la matanza, perpetrada a la medianoche, causó una conmoción tan profunda. No era la primera vez que se oían acusaciones al Enano y se le sindicaba de otras masacres.

Los caminantes rezaban rosarios y responsos, mientras desahogaban su dolor con llantos y suspiros profundos. En uno de los descansos, un campesino alto y fornido se atrevió a gritar: «Mueran Astorquiza, el cura y el Enano». El eco de «mueran» retumbó contra las montañas que encajaban la vereda El Aserradero. Pretendían llegar a la plaza principal de Currucutí y apilar los cadáveres de sus parientes ante la puerta de la Alcaldía, a manera de denuncia, pues se decía que el alcalde tenía nexos sospechosos con los usurpadores de las mejores tierras de la región, a quienes se les achacaba la mortandad.

Currucutí, perdida en las estribaciones de la cordillera central, es una aldea de origen indígena, de aquellos aborígenes pacifistas que solo trabajaban el barro y el maíz y a quienes los conquistadores españoles encontraron con señales de beodez por el consumo de la chicha fermentada de sus granos y algunas hierbas. La herencia colonial de los vicios, el alcohol y el juego prevalece hasta nuestros días.

En la vereda El Aserradero, llamada así porque es el lugar donde se producen y se trabajan las maderas de mejor calidad de la región, los explotadores cortan, desbastan

y aserran los exuberantes árboles, pero no reforestan. El cedro, el comino, el flor morado, el ocobo y el guayacán son especies que se agotan y que no han sido renovadas. La montaña se ha venido abajo, lavada, produciendo derrumbes y avalanchas. Los campesinos se acostumbraron a echar a rodar por el despeñadero los trozos de madera cortados, ya que ningún camión se aventuraba a subir a los picachos para sacarlos a vender. La explotación de los madereros es de esclavitud: viven mal, comen mal y su salud no tiene ninguna protección. Las malas condiciones los condujeron a asociarse con otros obreros que padecían los mismos vejámenes. Por ello cargaban ahora sobre sus cabezas la espada de Damocles y recibían con frecuencia amenazas de muerte.

El Aserradero está como a dos horas de Currucutí, que queda lejos de la capital y de cualquier civilización. Para llegar al pueblo, la carretera serpentea por un filo montañoso, sin ocultar los desfiladeros de tierra deleznable producidos por la deforestación.

Las noticias de este hecho macabro que martirizó a los pobladores cayeron por sorpresa en medio de la negociación de paz con la guerrilla. El crimen colectivo se reseñó en el semanario de la parroquia, dirigido por el cura y en el que tenían intereses políticos los terratenientes de la región. Los feligreses que acudieron a la misa de cinco de la mañana recibieron de primera mano la información del crimen. Extrañaron que, a tan solo cuatro horas de sucedida la matanza y en plena madrugada, el periodiquito de la parroquia, que se editaba en un envejecido y obsoleto mimeógrafo, hubiera titulado: «Masacrados quince labriegos del Aserradero. Se desconocen los autores». ¿Por qué sabía el cura la tenebrosa noticia? ¿Y por qué aseguraba

con tanta certeza que eran quince los muertos? Afirmaba además que eran comunistas y que tenían el apoyo de la guerrilla. Culpaba, no a los victimarios, sino a las víctimas. Era una noticia de alguien que tenía la fuente precisa o que de alguna manera había participado material o intelectualmente en lo acaecido. A algunos de los muertos, la Procuraduría y la Fiscalía les habían restituido la tierra, despojada por los paramilitares. A todas luces, la publicación tenía como objetivo el escarmiento.

La iglesia parroquial, remodelada por el padre Salustiano Arroyave, el actual ordinario, era una afrenta a los pobres del pueblo. Los altares forrados en hojillas de oro y arabescos con incrustaciones de diamantes y esmeraldas, así como los ornamentos sacramentales tejidos con hilos del mismo mineral precioso, exhibían un lujo pretencioso. De dónde obtuvo Salustiano los dineros para construir semejante basílica para un pueblito de mil doscientos habitantes, nadie lo había averiguado. Para los feligreses de Currucutí fue extraño, pero el cura se había adelantado a disipar las sospechas: eran dineros enviados por Su Santidad el Papa desde el Vaticano, afirmaba. Y era cierto. Los narcotraficantes habían bautizado El Vaticano a su centro de operaciones en Medellín. En lenguaje cifrado, el cura daba a entender que los dineros provenían de esa catedral. Cuando uno de los feligreses se atrevió a cuestionarle las finanzas, gritándole que la iglesia era un lavadero de dineros mal habidos, Salustiano bajó del púlpito, bufando, engarrñado, con ojos extraviados por la ira y se encaminó hacia el contradictor. Lo encuelló con sus manos grandes tratando de estrangularlo y le dijo con voz rabiosa: «Lavado es el que hace tu mamá a los penes de su clientela en el secreto burdel de su casa y en el cual tú fuiste procreado».

Los amigos de los Arroyave lo visitaban con frecuencia. Hacían festines escandalosos en la propia parroquia, acompañados de damas sofisticadas y extravagantes, entre ellas, una famosa presentadora de farándula. En una de esas visitas, hizo su aparición en el atrio de la iglesia el ídolo de la música del despecho. La gente terminó sentada en los escaños de la nave central escuchando el concierto, así estuviera el Santísimo expuesto sobre el sagrario. Ese día llegó como invitada especial Verónica, llamada la *Mujer Fatal*, quien regentaba la única casa de lenocinio de la población, donde los hombres libertinos depositaban mensualmente su óbolo afrodisíaco. Dicen que a una de esas francachelas fueron invitados los herederos de don Pablo y del Mejicano, convertidos en los capos más influyentes de Colombia, y con los que el padre del Enano celebró los mejores negocios de caballos. Alguien reveló que había visto al mismísimo Enano en una de esas celebraciones, disfrazado con poncho y sombrero, acompañado de dos damiselas que el líder promovía para que fueran elegidas senadoras de la República y patrocinadoras del paramilitarismo. Y que los entraron por la puerta falsa de la Alcaldía, añadía, con el conocimiento policial. Además, que los asistentes habían acomodado en círculo y de espaldas al sagrario los muebles de madera y terminaron bailando hasta altas horas de la noche de manera voluptuosa y escandalosa. Los hermanos Arroyave se atrevieron incluso a instalar luces intermitentes de colorines y reflectores, convirtiendo las dos naves de la basílica en un enorme y escandaloso bailadero. Los disipados que acudieron a la francachela llenaron de ron con coca cola la pila bautismal y las piletas de agua bendita, de donde cada cual se servía. El informante decía haber visto a los

hermanos del cura fornicando en los reclinitorios de la casa de Dios. Pero como hasta el alcalde y las principales autoridades civiles, militares y eclesiásticas hacían presencia y se codeaban con los invitados de monseñor Salustiano y sus hermanos, nadie reparó en el excéntrico escándalo.

Algunos de los vecinos, gente de bien, se atrevieron a rechazar, aunque tímidamente, que el cura recibiera a esos personajes de baja reputación y con fachada de nuevos ricos. No se les hizo el menor caso. Por el contrario, desde el púlpito se siguió promoviendo la candidatura del Enano y de los candidatos que él señalaba a dedo. Salustiano se solazaba llenándolo de elogios y homenajes verbales, por haber sido un abogado financiado por los ahora poderosos ricachones de la Montaña y por ser alumno aventajado en la escolita que regentaba en Envigado su madre Eduviges. Era el único que podía ofrecer seguridad a los propietarios, afirmaba.

Las chicherías instaladas detrás del templo eran auspiciadas por el cura. En las homilias y los sermones se les invitaba a consumir los productos de esas destilerías para financiar la parroquia y las aspiraciones electorales de Astorquiza y del Enano.

Los cadáveres de los muertos la víspera en El Ase-rradero quedaron tirados en la entrada de la Alcaldía. Como algunos, entre ellos el del niño decapitado, habían sido desmembrados con motosierras y filudos machetes, los portadores habían tenido que trasladarlos en lonas y envueltos con el aserrín que quedaba del cepillado de la madera. La sangre de los cuerpos salpicaba los adoquines y el cuerpo del niño provocaba la rabia de quienes lo miraban y un deseo infinito de revancha.

Las personas que a esa hora permanecían en las casas vecinas fueron sorprendidas por el llanto desga-

rrador de los deudos, amigos y familiares. Los gritos invadían el ambiente. Soplaban aire de muerte y de venganza. Por el clima cálido de la región, algunos cuerpos comenzaban ya a descomponerse y de varios de ellos iba fluyendo sangre y líquidos, tiñendo la tierra de martirio e inocencia. Los desalmados asesinos habían usado toda clase de armas cortopunzantes como yataganes, motosierras y machetes. Cubrieron con almohadas y colchones las pistolas y fusiles para evitar el ruido de las explosiones. Los criminales llegaron borrachos y siguieron celebrando con ron.

El pueblo permanecía absorto. Los deudos, visitantes y forasteros que llegaban de distintas partes invadían la plaza y el murmullo de los presentes iba en aumento, haciéndose más agresivo. Los tres agentes de policía destinados a esta población abúlica y pacifista no salían de su asombro. Desde que empezaron las negociaciones de paz con los jefes guerrilleros no habían visto más de dos personas muertas y, ambas, de muerte natural. Así que se enredaron al recibir a los deudos, sin atinar a idearse qué órdenes darles para evitar la anarquía. Como los muertos eran muchos, el cementerio resultaba insuficiente y había que pedir auxilio a otras poblaciones. La Alcaldía permanecía acéfala porque los funcionarios estaban escondidos. Las familias liberales, cada vez más airadas, salieron de sus casas con banderas rojas y a los gritos de «¡Abajo el alcalde asesino!» y «¡Muera el Enano!». Muchos de ellos ofrecían apoyo a las víctimas. En la casa de un jefe liberal comenzaron a ofrecer café y galletas para tranquilizar la angustia y la desazón. Un pensionado del municipio les sacó una botella de aguardiente.

El alcalde había viajado a la capital, tal vez huyendo a sus presentimientos. Tenía conocimiento de los crímenes que iban a cometerse en El Aserradero, una

vereda tradicionalmente antigobiernista, y quizá él mismo había participado en la organización. Desde cuando la Procuraduría y la Fiscalía les quitaron las tierras a los testaferros y paramilitares que las habían usurpado violentamente, el alcalde anticipó que ese procedimiento legal no iba a traer sino violencia. «¡La restitución de tierras solo va a generar masacres!», había asegurado. Y él sabía por qué lo decía. Se había puesto del lado de los victimarios desde cuando habían empezado a despojar de sus parcelas a los pequeños propietarios.

Ausente la autoridad municipal, el pueblo comenzó a anarquizarse y nadie podía decretar el estado de sitio para acallar a los pobladores prohibiéndoles salir de sus casas. Todo el mundo se echó a la plaza a escuchar las historias de los crímenes. Muchos sacaron a relucir sus antiguas armas, encaletadas desde que comenzó el plan de paz, a conciencia muchos de ellos porque sabían que el acuerdo sería traicionado, porque el Enano y sus compinches preferían la guerra al apaciguamiento. Era todo un negocio para los belicistas: la compra de armas, de uniformes, de balas, de raciones alimenticias para la tropa les daban la oportunidad de corromperse al máximo.

En el parque principal, el eco de truenos disparados al aire para comprobar el funcionamiento del pequeño arsenal retumbó contra la montaña. Con el traqueteo del improvisado armamento estaban enviando un mensaje de guerra a los desalmados criminales. Como el alcalde había abandonado la población el día anterior para evitar enfrentarse a los liberales, que siempre le habían enrostrado sus nexos con las bandas de facinerosos, los tres desdeñosos policiales y doña Adelaida, la huraña secretaria de la Alcaldía, fueron los únicos funcionarios que a regañadientes hubieron de atender el sorpresivo acto criminal.

GOLPE DE ESTADO, 2 P. M.

A LAS DOS DE LA TARDE, Alfredo Sierra, jefe liberal de Currucutí, observó los cadáveres despedazados. Con un nudo en la garganta y el corazón a mil, subió a las oficinas de la Alcaldía. Se lo veía nervioso y afanado. Detrás de él iban el rector del colegio con sus profesores y alumnos y varios miembros del Partido Liberal Socialista, una disidencia local del liberalismo, que habían decidido acompañar a su líder. Los visitantes colmaron los salones del palacio municipal, una casona contigua a la casa cural, de propiedad de la curia arquidiocesana de la capital, adquirida para vivienda del cura y para las dependencias de la parroquia. Los jerarcas decidieron cedérsela al municipio sin estipendio alguno, para que el párroco interviniera con mayor poder en las decisiones municipales. En la parte baja funcionaban el Concejo y la Tesorería.

Como un fantasma, el desgarrado cuerpo de Sierra hizo su aparición ante doña Adelaida, ataviado con un vestidito de paño, ajado y a rayas, a lo Chaplin. Se mostraba inquieto, con un impostado halo de autoridad, aunque la camisa tenía el cuello manchado de sudor y la corbata roja, delgada, estaba envejecida. Su presencia, inesperada, produjo desazón en la secretaria. El hombre vivía ilusionado con la toma del poder, así fuera el de su vereda, pues el de su familia lo ejercía con autoridad.